

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Compañeros

La palabra compañero significa de acuerdo a su etimología: “compartir el pan” (del latín “compaña”) haciendo referencia a las Legiones del Imperio Romano donde nunca debería faltar el pan de trigo o centeno. Entre los soldados se valoraba más el pan que la carne. De allí que cuando a alguien se lo llama compañero se hace referencia que existen cosas que se hacen en común. Compañeros de viaje son aquellos que recorren juntos un itinerario; compañeros de estudios son quienes se reúnen con el objetivo común de aprender; compañeros de pieza son los que duermen y realizan algunas actividades en una misma habitación; compañeros de juegos son aquellos que se reúnen para divertirse juntos; compañeros de Estudio Bíblico son los que se reúnen en un grupo celular para aprender más de la Biblia; compañeros de ministerio son los pastores o evangelistas que desarrollan una tarea juntos. Y así sucesivamente, podríamos añadir múltiples áreas de compañerismo.

En política son compañeros quienes comparten una misma ideología. Este término se utilizó mucho entre los bolcheviques, es decir, los revolucionarios rusos, en lugar de “camarada”. En Brasil, se llaman compañeros a los partidarios del PT (Partido de Trabajadores) y como es obvio, en Argentina su uso más frecuente es entre los peronistas.

Sea cual fuere el uso que le demos a la palabra, se presume que entre compañeros debe haber respeto, comprensión, ayuda mutua y solidaridad. Entre compañeros debe haber un buen vínculo, un sentido de cuerpo o de equipo. Entre compañeros debe haber una buena relación y armonía.

En su carta a los Filipenses el apóstol Pablo escribió: “Mas tuve la necesidad de enviarles a Epafras, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, que ha sido su mensajero y el que me ayudó con todo lo que necesitaba” (Filipenses 2:25)

La milicia es una fuerza militar compuesta solamente de ciudadanos comunes y

voluntarios, los cuales se dedican a la defensa de su pueblo o nación, la aplicación de la ley de emergencia y que no reciben ningún salario regular ni se han comprometido a un plazo fijo de servicio. En esto, el apóstol Pablo hace una distinción entre Timoteo y Epafrodito. A Timoteo le dice que sufra “penalidades como un buen soldado de Jesucristo”, como un soldado profesional, que está dedicado el cien por ciento a la vida militar, por lo cual no debe enredarse en los negocios de la vida. Timoteo es un soldado asalariado. En cambio Epafrodito no es un soldado sino un miliciano de Jesucristo. Un hombre de negocios que combate por la fe al lado de Pablo y es por eso que dice “Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia”

Junto al apóstol Pablo no solamente combatieron milicianos hombres, sino también mujeres, como Evodia y Sindique de las cuales dice: “Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio...” (Filipenses 4:3)

Teniendo en cuenta esto, creo que deberíamos anhelar que toda nuestra convención de iglesias esté formada por milicianos que combaten por la fe, tanto hombres como mujeres, es decir, que todos seamos compañeros de milicia. Que salgamos de nuestras casas y de nuestros templos para predicar el evangelio de Jesucristo, que salgamos para hacer caminatas de oración, que salgamos para orar por la gente y romper las ataduras del diablo, que salgamos en campaña, que salgamos en misión, que salgamos como una poderosa fuerza para bendecir a nuestra ciudad, nuestros barrios y nuestras comunidades hasta que todos oigan acerca del amor de Dios que les ofrece salvación por medio de Jesucristo.

No podemos negar que algunos podemos ser buenos compañeros en el éxito, compañeros en la abundancia, compañeros para subirnos en el carro del triunfo. Podemos ser compañeros mientras está la bendición y la prosperidad, compañeros para recibir el bien y la sanidad, compañeros en tiempos de milagros. Pero cuando aparecen las primeras dificultades, las desilusiones, las críticas o el desprestigio público, o los insultos como ocurrió con los cristianos primitivos, nuestro compañerismo puede desaparecer como el rocío cuando sale el sol por la mañana.

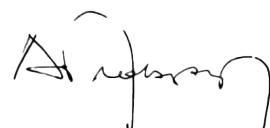
El autor de la carta a los Hebreos escribe a los judíos cristianos que estaban dejando de reunirse y les recuerda su espíritu de sacrificio y valor en el pasado, diciendo “ “por una parte, ciertamente, con insultos y tribulaciones ustedes fueron hechos espectáculo; y por otra, llegaron a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante.” (Hebreos 10:33) y como vemos, les recuerda que tuvieron que soportar vituperios es decir insultos a los gritos, tuvieron que soportar tribulaciones, tuvieron que soportar la exposición y la burla de las multitudes y se convirtieron en un espectáculo para el mundo. Y no solamente eso, sino que en esos tiempos tan terribles “llegaron a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante”

En lugar de compadecerse de sí mismos y aislarse, en vez de alejarse de la iglesia y romper relaciones con sus hermanos en la fe, resolvieron convertirse en compañeros de los que también eran tan maltratados como ellos.

Ser un compañero en las dificultades puede significar mucho. Puede significar que nuestro compañero nos levante, o que nosotros levantemos a nuestro compañero, como dice en Eclesiastés 4:10 “Porque si cayere, el uno levantará a su compañero, pero ¡Ay del solo! Que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante” ¿Hay algún caído que está solo esperando que venga alguien? ¿Hay algún caído que espera en la soledad que vayas a verlo? Porque si lo haces, podrás formar parte de los compañeros de consolación, como los denomina Pablo en 2 Corintios 1:7 “2 Corintios 1:7 “pues sabemos que así como son compañeros en las aflicciones, también ustedes son compañeros en la consolación”

El resultado de la consolación es aliviar una tristeza, una aflicción, un sufrimiento, una pena o pesadumbre, o quitar la amargura o del dolor de una persona y así de mejorar su estado de ánimo. La consolación también puede ser un gran anuncio, como el de Isaías 40:1-2 “Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado, que el doble ha recibido de la mano de Dios por sus pecados”

Hoy más que nunca, ante los desafíos de la obra del Señor, necesitamos convertirnos en compañeros de milicia, pero también compañeros en las dificultades y compañeros de consolación, animando y fortaleciendo a los afligidos.



Alberto Prokopchuk
Presidente